



Pablo D. Flores

LOS FORMAMUNDOS Y OTROS CUENTOS

Los formamundos y otros cuentos

Pablo D. Flores

Este libro está a la venta en <http://leanpub.com/formamundos>

Esta versión se publicó en 2016-01-04



Leanpub

This is a [Leanpub](#) book. Leanpub empowers authors and publishers with the Lean Publishing process. [Lean Publishing](#) is the act of publishing an in-progress ebook using lightweight tools and many iterations to get reader feedback, pivot until you have the right book and build traction once you do.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported License](#)

¡Twitea sobre el libro!

Por favor ayuda a Pablo D. Flores hablando sobre el libro en [Twitter!](#)

El tweet sugerido para este libro es:

Voy a leer “Los formamundos y otros cuentos” de @pablodf76!

El hashtag sugerido para este libro es [#formamundos](#).

Descubre lo que otra gente está diciendo sobre el libro haciendo click en este enlace para buscar el hashtag en Twitter:

<https://twitter.com/search?q=#formamundos>

También por Pablo D. Flores

Historias de Costaymar

La Gran Máquina

La mujer que vino del espacio

El camino de los herejes

Índice general

Sobre este libro	1
La conspiración	2
Los formamundos	7
La frontera de la bestia	12
Postfacio	22

Sobre este libro

Ésta es una recopilación de cuentos escritos en diferentes momentos de mi pensamiento. Aunque todos pueden encuadrarse dentro de la ciencia ficción, son aparentes varios hilos disjuntos entre ellos. No será difícil para el lector encontrar las similitudes de escenario y tono. Hay una Argentina de fines del siglo XXI, con personas hiperconectadas tan pobres como hoy pero explotadas de nuevas maneras. Hay nuevos guetos en la ciudad. Hay colonos descendientes de la diáspora que llevó a la humanidad a las estrellas, languideciendo en mundos aparte, olvidados de la gran corriente, o rebelándose contra su destino de decadencia. Hay salvajes que acechan en el crepúsculo eterno del terminator de planetas con rotación capturada. Hay robots preocupados por sus almas. Hay una humanidad que quiere controlar lo que la rodea y seguir siendo humana. La lista podría seguir: no hay más límite ni orden en ella que mi propio capricho al recortar un año o dos de escritura y reescritura.

La conspiración



Tuve mi primera intuición de lo que estaba ocurriendo el día en que fui a llevar a Flufi al veterinario para su chequeo trimestral. No me gusta usar la palabra “intuición” porque suena a imaginaciones mías. En verdad no podría decir que entonces fuera más que eso, pero sin embargo lo di por cierto y no me equivoqué.

Flufi había llegado a acostumbrarse a sus chequeos. Es inteligente y sensato, y yo estaba muy orgulloso de él, aunque tuviese que

llevarlo en una jaulita en vez de dejarlo caminar junto a mí como los gatos “mejorados” de otras personas. Flufi no tiene “aumento” genético o biónico alguno en su cuerpo de delicioso color té, apenas rechoncho. Sus instintos son puros y bien afinados, y como todo animal de su especie al que los humanos no hemos manipulado por gusto, no encuentra cómodo ni seguro moverse entre multitudes de primates apurados, esquivando piernas, manitos infantiles, cochecitos de bebé y ancianos provistos de exoesqueletos, por no hablar de bicicletas y automóviles. Pero estaba cómodo en su jaula y jamás hizo escenas en el veterinario.

(Quiero aclarar, de paso, que no me opongo a las mejoras biotécnicas; de hecho yo mismo tengo unas cuantas muy modernas. Pero yo pude *elegirlas*. Flufi vivía feliz en su estado natural y su reticencia era parte de ese estado.)

A decir verdad quizá fue Flufi el que guió mi intuición. Lo vi esforzarse por observar a aquellos gatos, con una mezcla de disgusto y fascinación, muy diferente a su habitual postura de atención hostil. Uno era negro, de pelo corto y lustroso; el otro, anaranjado a rayas, con ese pelo encrespado que está de moda entre la crema de los snobs. Sus amos, un hombre y una mujer, los llevaban de sendas correas finísimas, aunque aquellas criaturas hiperaumentadas no las necesitaban. Librado a su arbitrio en un bosque, Flufi correría, treparía, cazaría su comida y tendría, creo, buenas chances de sobrevivir; esos otros dos morirían sin mantenimiento bioinformático periódico y sin el contacto inalámbrico constante de sus amos, mismo que suprimía su instinto de volver a la naturaleza.

Flufi, en sus encuentros con sus congéneres “mejorados”, tenía bien en claro que él era mejor que esos gatos, pero nunca lo había visto curioso ante ellos. El hombre y la mujer se habían detenido a conversar y los dos animales estaban, por lo que se veía, haciendo lo mismo. Flufi no podía saberlo, pero actuaba como si pudiese entender, y yo no resistí la tentación de activar mis puertos de escucha. Para mi sorpresa, los gatos estaban publicando casi todo su diálogo, usando protocolos de mínima seguridad para corta distancia. (Yo tengo mis trucos, claro, pero no soy un *cracker*, y

si esos dos no hubiesen sido tan imprudentes, jamás habría podido saber qué ocurría.)

El diálogo era desconcertantemente estructurado, en nada similar a las vagas amenazas territoriales, invitaciones copulatorias y comentarios sobre los olores humanos que constituían casi toda la charla de los felinos aumentados comunes. Estos dos gatos estaban *planeando* algo. Flufi había intuido lo que yo había escuchado; dentro de la jaulita se podía oír su cola agitándose nerviosa, golpeando bruscamente las paredes de plástico.

Los conspiradores y sus amos se separaron; cada uno de nosotros se fue en una dirección distinta. Yo me quedé con la conversación, oída a medias, sobre humanos de un olor diferente y que utilizaban protocolos interespecíficos nuevos y fascinantes, y sobre cómo los gatos aumentados pronto podrían cambiar de amos.

Flufi no quiso volver a salir conmigo en la jaula al día siguiente, cosa absolutamente razonable, de manera que salí solo, luego de cargar en mi electrocórtez una rutina de descifrado nueva, y fui por el mismo camino, poniéndome a mí mismo la excusa de que había olvidado de comprar unas vitaminas nuevas en lo del veterinario. Esperé. Como Flufi, los humanos somos animales de hábito; el hombre y la mujer del día anterior aparecieron en la misma esquina, casi a la misma hora. Esta vez no llegaron al mismo tiempo y la mujer parecía un poco apurada, pero una leve resistencia del gato negro hizo que el hombre perdiera la oportunidad de cruzar la calle, y el semáforo en rojo hizo el resto.

Esta vez la conversación hacía referencia a ciertos encuentros clandestinos, aparentemente nocturnos, y a la inocencia total de los amos humanos sobre los mismos; eso me alarmó, puesto que las mascotas mejoradas están, por su misma condición, sujetas a vigilancia electrónica constante. ¿Cómo la habían burlado?

No me fue difícil ajustar mi rutina diaria para pasar por esa esquina particular. A lo largo de dos semanas vi pasar por las mentes de aquella pareja de gatos un plan que incluía sabotajes en el transporte público, contaminación intencional de alimentos a escala masiva, apagones provocados y, sobre todo eso, unos misteriosos

benefactores más inteligentes y astutos que los humanos, que los felinos saludaban como valiosos aliados, los primeros en estar a la altura de la noble raza de los *Felis silvestris*. (Yo creía imposible encontrar a un gato que reconociese como igual suyo en astucia a otro ser vivo.)

Empecé a frecuentar los lugares de reunión habitual de felinos. Lo hice para aplacar mis miedos, para descartar el asunto como simple paranoia, pero terminé descubriendo la horrible verdad: *todos* los gatos estaban al tanto. En las plazas al sol, en las salas de espera de los veterinarios, en las puertas de los edificios, bajo la mirada de indulgente adoración de sus amos, los gatos maduraban un plan para desplazar a los torpes primates del género *Homo* del lugar que nos habíamos ganado, con la ayuda de entidades sobrehumanas o inhumanas. Traté de convencerme de que todo era una broma, pero no había nada de jocoso en los comentarios de los gatos sobre el futuro que le aguardaba a la especie humana y a sus mascotas “inferiores”.

Pronto fue obvio que había captado la conspiración en sus primeras etapas. Al poco tiempo las charlas abiertas y descuidadas cesaron, y tuve que recurrir a procedimientos ilegales y a programas de descifrado sofisticados para seguir al tanto. Todavía no se fijaba un plazo para el asalto final, pero este incremento de la seguridad y el secreto lo auguraban inminente.

Perros y gatos sin dueño desaparecieron de las calles hace tiempo gracias a las estrictas ordenanzas que siguieron a la pandemia de pseudo-lyssavirus de Panamá; si contásemos con aquellos gatos callejeros, nobles defensores de sus territorios, ferozmente leales sólo a sí e inocentes de toda malicia planificada, quizá podríamos esperar una resistencia, un movimiento que nos permitiese renovar la antigua alianza entre nuestras especies que comenzó hace diez milenios.

Pero es imposible. Los que seguimos conviviendo con estos amigos animales intocados por la biotecnología somos una minoría, una rareza que sólo se congrega en foros *online* y –muy ocasionalmente– en convenciones cada vez más raleadas. Los pre-

servamos del mundo exterior que los teme y los ve como atavismos bestiales. Flufi no ha visto a uno de los suyos en mucho tiempo y tampoco puede hablar con los otros ni servirnos de espía. Ignora misericordiosamente la traición; mastica ruidosamente su comida, se tiende sobre su almohadón, se estira y bosteza, se enrosca y duerme mientras allá afuera los otros planean (también) su destrucción.

Los formamundos



A veces el entusiasmo lleva a cometer errores.

Las grandes naves se aproximan a su destino luego de un viaje de mil años. No hay vida orgánica en ellas; son máquinas que guían a otras máquinas. Vienen a preparar el lugar para la ola de seres humanos que vendrá más tarde. Arden sus costados, primero, al girarse: ciento ochenta grados, minuto más, segundo menos. Arden sus costados y cesa el giro. Ahora los motores principales, apuntados

ya en la dirección del movimiento. Desaceleración, ocasionales retoques, una espiral que va descendiendo, caída hacia el pozo gravitatorio en cuyas profundidades juegan varios planetas rocosos.

Uno de esos mundos es el destino final. Observado por telescopios potentes, estudiado por sondas robot, calificado, contado, medido... y luego perdido, olvidado, su historia sin comenzar borrada por los fuegos de las guerras de los hombres y por los olvidos de la gran diáspora. Hasta ahora, o casi. Todavía no.

Hay una gran nube, una concha esférica de partículas, de motitas, que se acerca. Las motitas son del tamaño de un grano de arena o de pequeños planetas. Están hechas de hielo de agua, polvo de roca, hielo de amoníaco, carbono, azufre, hierro. Las naves-máquina se ponen a la tarea de clasificar la inmensidad de motitas. Encuentran una casi redonda, casi de hielo puro, casi la perfección. Buscan y buscan hasta que encuentran diez mil iguales a ésta.

Ahora hay que hacer muchos cálculos y cuando se terminan los cálculos hay que montar unas grandes velas sobre las bolas de hielo, velas que reflejan la luz y que pesan menos que el humo, menos que casi nada. Colocadas las velas, las naves-máquina soplan sobre ellas desde lejos una brisa de fotones de luz coherente.

Los humanos que vienen detrás reciben las noticias y se aprestan para observar el espectáculo de la hechura de un mundo. Despiertan a sus compañeros del largo sueño y se agolpan frente a las pantallas, observando lo que ocurrió hace ya cientos de años, lo que acaba de ocurrir, acelerado. Ven las bolas de hielo sucio moverse, las velas atrapando el viento de los láseres invisibles; las ven caer hacia la órbita del planeta rocoso, el próximo hogar, también invisible desde allí, que gira en furiosas revoluciones en torno a una estrellita amarilla.

Encontrado y perdido y vuelto a encontrar en bancos de datos, es un planeta soñado, pero seco, tan seco. Por eso las bolas de hielo. Un océano futuro flota en el espacio, en una trayectoria espiral hacia las gargantas de piedra que lo recibirán.

Instante cero. Después de mil años de caída, la primera gota helada golpea el planeta. Las máquinas reducen la velocidad para

que los humanos expectantes puedan verlo, aunque hay poco para ver, sólo un punto de luz que de pronto multiplica su brillo, una erupción de magma y vapor cuando el primer trozo golpea: quinientas mil megatoneladas de gloria. Unos minutos después ven otra, y otra más, el planeta entero encendido. La mayoría de los humanos se cansan de ver luego de cincuenta o sesenta impactos. Los cálculos han sido muy bien hechos y no se pierde el tiempo; cada bola de hielo que golpea es como una nota musical.

El primer movimiento de la sinfonía termina y hay una pausa angustiosa mientras un manto de nubes hirvientes se forma sobre los mares de roca fundida. Las máquinas aceleran el paso de la grabación nuevamente. La audiencia lejana aplaude cuando comienza a llover: segundo movimiento. El agua aún caliente arranca minerales de las rocas, las excava, las deshace.

Las grandes naves-máquina ya han terminado su tarea. La mayoría de ellas bajará ahora, siguiendo las mismas espirales que las bolas de hielo, para aposentarse en la superficie del planeta, donde serán hogar y fábrica, planta de energía e invernadero, excavadoras de minerales y plantadoras de árboles.

A continuación bajan al pozo las naves conteniendo a los colonos humanos, que encuentran un planeta virgen ante ellos. Suaves llanuras de basalto, ya roto por grietas donde prenden las primeras plantas, en un suelo sintético; cráteres al abrigo de los vientos, montañas escarpadas donde el agua del espacio se ha condensado en hielos que alimentan arroyos en el verano, pequeños mares apenas salados donde las algas traídas por las máquinas ya exhalan su oxígeno, donde peces extraños, con genes donde está programada su resistencia de pioneros, se buscan y se aparean y se devoran.

Interludio. Los humanos no se apresuran. Casi cada colonia de que se tiene noticia ha sufrido el error del entusiasmo, del apuro; cada grupo de pioneros ha querido bajar a su mundo nuevo y trabajarlo y olvidarse de plantar primero los cimientos profundos y delicados de una civilización tecnológica. Así es como cada colonia humana que se conoce, con excepción de unos pocos focos de luz

aquí y allá, ha sucumbido al barbarismo: por falta de un clavo se perdieron mil reinos. Por eso nadie baja, al comienzo, a plantar una huerta, y nadie desembarca animales de cría. Las máquinas cavan minas y extraen el aluminio, el platino, el uranio, las tierras raras; las máquinas procesan el agua y almacenan el hidrógeno, el deuterio, el tritio, el helio. Las máquinas construyen plantas de fusión nuclear, instalaciones de generación y confinamiento de antimateria, fundiciones y refinerías, fábricas de componentes para sí mismas y para las otras máquinas, todo ello a prueba de fallas, y todo ello por duplicado, por triplicado, y los planos y procedimientos almacenados en bases de datos incorruptibles.

Interludio. La colonia comunica a sus vecinas las buenas nuevas. Las ciudades del hombre brotan y cubren el planeta. Aun con la preparación de las máquinas, el arranque es duro y un cierto retroceso es inevitable. Pero la especie humana es adaptable y el paso atrás le da impulso para un salto hacia adelante.

En el segundo milenio de la colonia se inaugura un gran proyecto para extraer energía geotérmica. A las prospecciones globales les siguen grandes perforaciones de prueba. Entre los abundantes y notables hallazgos geológicos aparecen, para sorpresa de los prospectores, trozos de metales de aleaciones sintéticas, masas de minerales enriquecidos en isótopos inestables y otros objetos reconociblemente artificiales.

El mundo científico se llena de especulaciones. Las prospecciones se reorientan a la arqueología. No mucho después se descubren varias grandes cavernas talladas a todas luces por máquinas, derrumbadas sobre sí mismas. En el interior hay más restos de civilización.

Las cavernas, selladas contra toda contaminación externa durante miles de años, han preservado unos pocos restos orgánicos, ya muy alterados por las condiciones de presión y temperatura. Los arqueólogos los analizan. Unos pocos de esos montoncitos quebrados a medio fosilizar son huesos humanos. Deben haberse refugiado bajo el suelo como último recurso para resistir el bombardeo de hielo, declara, pálido y tembloroso, el jefe de la investigación. Un

espasmo de horror recorre a la orgullosa civilización planetaria.
A veces el entusiasmo lleva a cometer errores.

La frontera de la bestia



Nota del cronista

Sabemos muy poco de los pueblos salvajes que habitan la Penumbra. Es a través del estudio de la historia, de notas antropológicas fragmentarias y del raciocinio puro que podemos conjeturar con posible acierto sobre sus motivos, sus temores y sus deseos. Lo que voy a contar es por tanto ficción pero no –espero– falso.

1

El muchacho se quita la gran capa de abrigo con la que ha venido siguiendo a la gran bestia, destino buscado de su lanza y su cuchillo, desde las tierras de su tribu. Aquí en los lindes de la Penumbra el calor hace innecesarias y molestas las plumas. Debajo del abrigo, ahora enrollado y atado a la espalda, hay apenas una chaqueta de piel curtida y un taparrabos, que dejan ver un cuerpo bajo, rechoncho, aunque sin flojera alguna en torno al cuello potente y los hombros nudosos. Tal es el aspecto típico de los hombres de las regiones frías.

Pero el muchacho no es todavía un hombre para su tribu. Su nombre es Ndin Wahk T'en. Las palabras de este nombre, a diferencia de lo que ocurre entre nosotros, no lo identifican como individuo y miembro de una familia; sólo lo vinculan a un tótem (*ndin*, la comadreja blanca) y a la piedra de su poder (*wahk*, la mica). La tercera palabra lo designa como púber semiadulto: *t'en*, un sintrofeo, un no-emparejado, un semi-hombre. *T'en* es la razón de su presencia en este lugar, apartado de las tierras de su tribu, más lejos de lo que nunca ha estado o estará jamás en el futuro. Entre los salvajes no hay hombres ni mujeres aislados. El exilio solitario es equivalente a la muerte, y en la muerte no hay personas sino meras sombras.

Este viaje hacia tierras infernales es un pequeño exilio, aunque autoimpuesto y temporario. Ndin Wahk T'en sigue a la bestia. Su madre la siguió, y sus abuelos paternos, y también uno de sus hermanos mayores. La caza y el retorno atraen sobre su autor una gloria cuya tentación algunos no pueden resistir. Los hombres que no siguen a la bestia sólo llegan a ser hombres luego de muchas hazañas; las mujeres que no hacen el viaje no podrán ser jamás rastreadoras ni sacerdotisas.

Ndin Wahk T'en va en busca de la bestia porque desea el privilegio de la cópula con cierta mujer que orgullosa y displicentemente lo espera; la busca también para probarse ante sus hermanos y su madre; pero podemos adivinar que en el fondo la busca porque la

bestia es el destino impuesto por la tradición de la tribu a todos los que aspiran a no ser uno más, un trozo de carne que el gran toro-lobo emplumado (que es el dios de la generación) arranca de una dentellada a la nada-origen y saborea sólo un instante antes de tragarlo y sumergirlo en la nada-fin.

2

La tribu de Ndin Wahk T'en, unas veinticinco o treinta personas sin contar los niños (que nacen y mueren como chispas), se mueve cada pocas vigiliass; los campamentos son cosas frágiles y efímeras cuyos restos no acaban de dispersarse antes de ser revisitados. La región de la tribu es una ancha planicie, un antiguo mar seco con fondo de lava quebrada, hundido tras unas montañas bajas que no aparecen en nuestros mapas, y que no son más que estribaciones de los poderosos Muros de la Sombra. En esta latitud las temporadas duran lo que los ciclos de una mujer, unas veintiséis sueño-vigiliass, y ese mismo lapso es lo que tarda un hombre en cruzar la gran planicie, yendo al paso lento pero sostenido con que Ndin Wahk T'en camina, sin más carga que sus armas y su abrigo.

Pero Ndin Wahk T'en salió hace varias vigiliass del antiguo mar. Viene remontando un río que, tras él, acarrea lentos trozos de hielo hacia el frígido Océano Antipodeano, pero que aquí corre con rapidez, enteramente líquido. El río se forma en las alturas del lado oscuro de los Muros, donde las ventiscas de nieve se encuentran con el aliento cálido de la cara iluminada de nuestro planeta y la tormenta ruge sin cesar. El río es uno de muchos y en absoluto el más importante, pero para la tribu es una línea de vida. En sus aguas gélidas pescan buena parte de su sustento: grandes bancos de peces, criados a toda prisa en los lagos de altura, que bajan a la oscuridad para atiborrarse en las aguas profundas, copular frenéticamente y morir. A orillas del río habitan otros cazadores de peces: las monstruosas grullas hipopótamo, los saltarines aguja, los basidilos, las medusas de tierra..., predadores que la tribu convierte

en presas. La escasa vegetación de la penumbra toma sus nutrientes del río y acumula su agua en sus tallos subterráneos, de los que surgirán las anchas y efímeras hojas del verano, que aquí no es más que un leve decrecimiento de la oscuridad; y la tribu también hace de esas plantas miserables su alimento.

Pero mientras Ndin Wahk T'en sigue a la bestia el río se hace tibio, y las plantas reverdecen, y los animales son más abundantes, y pequeñas alimañas compiten por espacio con las grandes bestias de la oscuridad y el frío; en el aire hay humedad, aromas, colores. Los ojos inmensos del muchacho parpadean y se entrecierran, incomodados por el polen invisible que revolotea en el aire, por la luz –una luz rojiza que nosotros, los mimados por la fortuna, llamaríamos mortecina–, por el sudor que le baja por la frente.

Hace veinte vigiliás que sigue a la bestia, veinte vigiliás que abandonó a su tribu; en algún punto de esa persecución los caminos dejaron de serle familiares, y ahora el río, a medida que se acerca a la fuente, parece decidido a perderlo, porque entre estas colinas y picos el cauce se divide, se abre como una mano de mil dedos, la mayoría de ellos muy cortos, claro está, destinados a morir en una hoya arenosa o en uno de los pantanos salobres que flanquean, más al norte, al Océano de los Lindes. El rastro de la bestia es difícil de seguir en estos senderos quebrados, que suben y bajan entre altas rocas desnudas, depresiones invadidas por el musgodeoro, peñascos semicubiertos de enredaderas y laderas grises y terrosas donde sólo arraigan espinolles. Ndin Wahk T'en es, como todos los salvajes, un supremo rastreador instintivo, pero su mente fue moldeada para la penumbra uniforme, monocroma, que todo lo aplanan y lo simplifica. Aquí cerca de la luz lo abruman los matices y los contrastes lo asaltan como cuchillos.

Varias veces ve a la bestia, o cree verla: no intentaremos adivinar lo que él no puede. Le cuesta dormir en la luz; el suelo suave y tibio es tan invitante para él como para miríadas de pequeños seres que pican, muerden, raspan, chupan silenciosamente sangre. Sueña y despierta y vuelve a soñar sin saber que lo ha hecho; un bramido lo sobresalta, abre los grandes ojos y se orienta automáticamente

—un relámpago de luz, porque como nuestros distantes ancestros comunes, los salvajes de la Penumbra han recuperado el *tapetum lucidum*—: es la bestia. Silenciosa, urgentemente recoge sus avíos y se desliza por el sendero.

La bestia ha anunciado su dominio o llamado su desesperación, ¿quién sabe?. Éste tampoco es su lugar. Da un salto fuera del sendero, trepa por una ladera imposible y desaparece. El muchacho bufa de disgusto, pero sofoca su impaciencia, y un momento más tarde, el éxtasis de la libertad absoluta, del hacerse hombre en esta soledad inmensa, le golpea en el rostro y le deja una sonrisa en él. Ya no dormirá; se pone en marcha.

3

Ahora el camino sube y Ndin Wahk T'en suda copiosamente, deteniéndose cada pocos pasos para tomar un trago de agua. La corta lanza del muchacho va apartando las hojas cobrizas de las miraluces, firmes como soldados, que le dan la espalda. El cielo está cubierto de nubes del color de la sangre seca; de cuando en cuando cae una lluvia brusca, tibia y dulce, que el salvaje recibe con perpleja alegría.

Nadie en la tribu ha llegado tan lejos excepto en las leyendas; nadie, al menos, que haya vuelto para contarlo. La memoria de las tribus es larga pero imprecisa. Ndin Wahk T'en sabe que nadie vendrá por él, que ya es posible que su familia haya enviado el saludo final a su espíritu.

No ha visto ni oído a la bestia en cinco vigiliass. Un par de dudosas huellas es todo lo que lo contuvo de volver sobre sus pasos. Tiene la piel cubierta de picaduras y en el muslo derecho una sangrebeja ha estado abriendo una herida que parece hecha con un cuchillo pequeño y mal afilado. La comida escasea; no se atreve a probar las plantas desconocidas, y no conoce las mañass de los animales de por aquí. Sólo el agua no le falta, pero los arroyuelos y la lluvia tienen ambos el mismo sabor salobre, el mismo regustoo

metálico. Añora sumergir la gran cabeza, hasta el cuello, en el agua limpia y helada del río lejano.

En un ancho valle pantanoso hace un alto y se sienta a quitarse los bichos que han anidado en el vello tupido de sus piernas y sus tobillos. Quien lo viera lo juzgaría correctamente como muy cansado, enflaquecido, quizá enfermo. El viento sopla en las cumbres, silbidos y trompeteos súbitos: Ndin Wahk T'en sigue concentrado en la tarea, mientras un claro se abre en las nubes sempiternas más allá del farallón montañoso, sobre los lindes extremos de mi país.

Pero es un cazador, después de todo, y cuando un haz de luz escapado a las nubes se proyecta entre dos picos, al límite de su visión, un ojo sigue al otro, y entrecerrando los dos puede ver, recortada contra aquel rayo cegador, la silueta inconfundible que ha soñado cada noche en su persecución, y se pone en pie, olvidando la cruel picazón, el hambre y el gusto amargo de su lengua.

4

El fondo del valle es una mezcla de ciénagas, vegas y pequeños lagos. Mientras busca su camino en ese laberinto, Ndin Wahk T'en ve las huellas de los animales que ha aprendido a reconocer. No escapa a la inconstancia de la juventud: piensa, al contrario de lo que pocos momentos atrás, que no es tan mala esta tierra. Aquí una tribu podría plantar tiendas durante una temporada, tres, una docena, y podría hacerlas grandes y fuertes, a sabiendas de que no tendrá que desarmarlas ni abandonarlas. Un hombre podría alimentarse un día entero sin moverse, tomando de los frutos y semillas que cuelgan de un solo arbusto; podría de hecho perder su abrigo y arrojar sus botas y dormir desnudo al sereno, con tal de que encontrase un lugar a cubierto de la lluvia. Aunque el suelo es húmedo, no faltan rocas para montar un hogar y hay madera en abundancia para hacer fuego. La luz molesta los ojos, es cierto, pero ¿no es peor la oscuridad que da cobijo al toro-lobo cuyos aullidos aterran el sueño, al giganturón silenciosamente mortal, a las serpentigres que

arrebatan a los niños?

Tan miserablemente viven las gentes de la Penumbra, que ni siquiera sus leyendas alcanzan a prometer un Paraíso como éste, pero la mente anhelosa de Ndin Wahk T'en lo está trazando toscamente en su imaginación mientras cruza el valle y comienza a ascender al otro lado.

Se desata una tormenta. Ésta no es como los cortos chubascos de las sueño-vigilias anteriores, sino una verdadera tempestad. El salvaje se sujeta de las rocas resbaladizas lastimándose los dedos encallecidos; sobre él los truenos juegan a lanzarse peñascos. Las nubes se derraman sobre las faldas de la montaña, ríos súbitos que nacen en medio del aire. ¿Ha sido eso el bramido de la bestia? Ndin Wahk T'en pierde su asidero y cae tres, cuatro veces su altura por la ladera de barro y espinas. Un pedrusco grande como su puño pasa junto a él y le golpea de soslayo el hombro derecho. El trueno hace vibrar la montaña. El muchacho reza sumariamente a sus dioses, convencido de que es el final, pero su pie encuentra un tope y se confía a él, moviéndose de lado. Un árbol retorcido que el torrente no ha podido desarraigar le presta su tronco, y por un instante el salvaje vuelve a ser uno con nosotros en el pasado, un primate aterrorizado al que sólo pueden salvar la fuerza de sus manos y sus brazos mientras cuelga sobre el abismo. Bajo el árbol hay una pequeña cueva y bajo ésta sobresale una cornisa de piedra sólida, pero el salvaje no puede saber con certeza si la vertical de su precario sostén, prolongada hacia abajo, toca la cornisa o yerra por un paso. El árbol cede al fin y el destino decide.

La cueva no mide más que cuatro o cinco pasos de profundidad; dentro hay viejos excrementos de animales y unos pequeños escarabajos que se escabullen. Ndin Wahk T'en espera. Mientras duerme, sentado y exhausto, la tormenta se agota.

Las plácidas nubes de antes están comenzando a cubrir de nuevo el cielo cuando despierta. El cuerpo le duele en muchos lugares, pero todavía puede ponerse en pie y volver a trepar. Sin la urgente amenaza de los truenos, va sin prisa por un sendero escarpado pero seguro hacia el punto donde vio por última vez a la bestia.

El muchacho camina o repta hacia arriba como si los últimos días pasados en este paisaje hubieran penetrado en sus músculos. Huele la tierra mohosa y fértil y siente una profunda satisfacción. Es joven y está aquí espantosa y gloriosamente solo, más vivo que un dios, y ya no importa si aquella orgullosa mujer ha dejado de esperarlo, porque habrá otras mujeres; habrá una mujer fuerte que vendrá con él hasta esta tierra y a quien seguirán otros, saliendo de la oscuridad... Le brota este pensamiento, como a veces ocurre, como si fuese otro el que pensara, y se sorprende de sí mismo, porque se ha olvidado de la bestia.

El sendero choca contra unas columnas quebradas de granito. Ndin Wahk T'en mete los dedos desollados en las pequeñas oquedades que la erosión ha cavado en ellas, y continúa subiendo. Presiente que no falta mucho. Sube la última roca y entonces lo veo, pero él no puede verme, porque estoy demasiado lejos y porque su vista está ocupada en algo mucho más grande. Las nubes que la tormenta ha barrido todavía no se han reagrupado de este lado de las cumbres y el cielo está claro, por poco tiempo.

Y el salvaje ha visto por primera vez el sol.

5

Y ésta es la parte que puedo narrar como testigo, y a la vez la parte de la que menos puedo decir con certeza de verdad. Porque a través de mi catalejo veo al salvaje, el rostro anguloso y encendido por el esfuerzo de la subida, cubrirse los ojos –grandes como mi puño, ojos de la noche eterna– para protegerlos del fulgor rojo de nuestra estrella, y lo veo también, unos momentos más tarde, descubrirse torpemente, vencido sin remedio por la curiosidad, y quedarse mirando aquella brasa inmóvil, pacífica, maternal. Pero no puedo saber qué hay detrás de esos ojos desorbitados. Debo suponer, como he supuesto todo lo anterior, que piensa en la gloria: en prados repletos de luz, en lagos color de rubí, en los reflejos que aquel sol desprenderá de los cabellos de cierta mujer, en niños corriendo sin

temor, en el rumor tibio de la hierba dorada. Tales cosas me permito pensar que piensa, porque puedo ver a la bestia, a pocos pasos, tan desorientada como el muchacho –porque la bestia es también una extranjera en estas tierras de luz–, y me doy cuenta de que él la ha visto, con el rabillo del ojo ha tenido que verla, y se sobresalta un poco pero sigue bebiendo con los ojos la luz, olvidado de su empresa.

Estoy demasiado lejos para que él me vea, confundido entre ramas, a unos pasos de mi pequeño campamento en la chata planicie arenosa; con el sol a mis espaldas ni siquiera tiene la chance de ver un reflejo en la lente de mi catalejo. Estoy, pero es como si no existiese; el salvaje y la bestia están solos en este límite entre los mundos. Y yo me descubro deseando que él baje por la ladera, que saboree el agua del color de la sangre, que siga el rastro de mis pasos, que encuentre mis torpes marcas de explorador aficionado y me encuentre y hable conmigo y sea bienvenido a este lado.

La bestia es poco dada a la reflexión; el sol es una cosa nueva y todo lo nuevo, en su pequeño cerebro, no puede ser sino peligroso, cuando no es inmediatamente benéfico. Vuelve la cabeza para buscar una vía de descenso de vuelta a la penumbra. El muchacho cierra los ojos doloridos, hinchados, pero sus oídos perciben el rumor en las rocas. No puedo verle la cara en ese momento, porque se mueve demasiado rápido. Lo veo rebuscar algo que ha dejado caer entre las hierbas. Levanta lo que buscaba, hay un relámpago de metal y la lanza se clava en el cuello de la bestia. La veo bramar su muerte, y escucho latir mi corazón seis, siete veces antes de escucharla, pero para entonces todo está consumado.

El salvaje está postrado junto al cuerpo; se ha retirado un poco del borde y ya no puedo ver qué hace, pero sus hombros están quietos y parece que sus labios se mueven. Está pidiendo a la bestia su perdón.

En las vigiliass que vengan Ndin Wahk T'en acarreará aquel cadáver sagrado, se alimentará de él y llevará, si no se pierde, el cráneo descarnado a su tribu, como prueba de su hazaña, y dejará de ser un semi-hombre. Pero todo eso será en un mundo diferente al mío, y yo ya estoy alejándome de él. Levanto campamento. No

pertenezco a la penumbra ni la entenderé jamás. Vuelvo a casa,
hacia la luz.

Postfacio

Los cuentos de esta recopilación pertenecen a varias fases de mi exploración de los temas de la ficción especulativa. Los cinco primeros transcurren en el escenario familiar (para mí) del litoral argentino pensado a mediados o fines del siglo XXI. Este Escenario Familiar es a la vez el más fácil y el más difícil para componer historias. Las líneas que conducen al futuro ya están, por así decirlo, bien localizadas en el presente, y tirar de ellas no es más que un ejercicio moderado de la imaginación y el sentido común. Por otra parte, extrapolar a parte de la realidad conocida íntimamente es complejo, porque de manera natural uno trata de considerar todos los detalles, sin violentar los propios instintos ni permitirse demasiadas licencias, y el futuro aparece así como constreñido y previsible.

Los cuentos que siguen tratan de futuros más o menos lejanos y de una humanidad que ha volado a las estrellas, colonizado otros mundos y, casi sin excepción, caído en la decadencia. En un caso se trata literalmente de una enfermedad, en otro la decadencia es presagiada por un acto de rebeldía... En la mayoría, sin embargo, la caída está muy atrás en el tiempo y olvidada.

No lejos del final hay tres cuentos que tratan con robots: seres sentientes a los que no había recurrido antes, en parte por la facilidad con que podrían llevarme al cliché. Espero haberlo evitado en estos primeros ensayos del tema.

En los dos últimos cuentos aparece la figura del ser humano alejado de sus raíces biológicas por la tecnología y reclamado, a su pesar, por la solidez de la tierra.

(El interesado en una exposición más detallada de estas ideas puede consultar el ensayo “[Los escenarios de mi ficción](https://medium.com/p/9a593cc73cd9)”.)

¹<https://medium.com/p/9a593cc73cd9>

